

Visita  
al territorio de

# Patrick Modiano



Un día, en los muelles, me llamó la atención el título de un libro, *El tiempo de los encuentros*. También hubo para mí un tiempo de los encuentros, en un pasado remoto. En aquella época, con frecuencia me entraba miedo al vacío. No notaba ese vértigo cuando estaba a solas, sino con algunas personas a las que, precisamente, acababa de conocer. Me decía, para tranquilizarme: ya se presentará una ocasión de hacer mutis. Algunas de esas personas no sabías hasta dónde podían llevarte. La cuesta abajo era resbaladiza.

Podría empezar por recordar los domingos por la noche. Me daban aprensión, como a todos los que han sabido lo que es volver a un internado, en invierno, a última hora de la tarde, esa hora en que va cayendo el día. Más adelante, es algo que los persigue en sueños, durante toda la vida a veces. Los domingos por la noche, unas cuantas personas se reunían en el piso de Martine Hayward, y yo me hallaba entre ellas. Tenía veinte años y no me encontraba del todo a gusto. Volvía a sentir una sensación de culpabilidad, como si aún estuviera estudiando: en vez de volver al internado, me había fugado.

¿Debo realmente hablar ya de Martine Hayward y de los individuos variopintos que tenía alrededor aquellas noches? ¿O ir siguiendo el orden cronológico? No lo sé, la verdad.

A eso de los catorce años me había acostumbrado a andar solo por las calles en los días libres, cuando el autocar del internado nos dejaba en la puerta de Orléans. Mis padres no estaban; mi padre se dedicaba a sus negocios y mi madre trabajaba en una obra en un teatro de Pigalle. Descubrí aquel año —1959— ese barrio, Pigalle, los sábados por la noche, mientras mi madre estaba en el escenario; y volví con frecuencia durante los diez años siguientes. Ya daré más detalles si tengo valor para ello.

Al principio, me daba miedo andar solo; pero, para tranquilizarme, seguía siempre el mismo itinerario: calle de Fontaine, plaza Blanche, plaza de Pigalle, calle de Frochot y calle de Victor-Massé, hasta La Boulangerie, en la esquina con la calle de Pigalle, un sitio peculiar que no cerraba de noche y donde compraba un cruasán.

Ese mismo año y ese mismo invierno, los sábados en que no estaba en el internado montaba guardia en la calle de Spontini, delante del edificio en que vivía esa cuyo nombre he olvidado y que llamaré «la hija de Stioppa». No la conocía, había sabido sus señas por el propio Stioppa durante uno de esos paseos a los que me llevaban mi padre y él los domingos por el bosque de Boulogne. Stioppa era un ruso, un amigo de mi padre a quien este veía con frecuencia. De elevada estatura, de pelo moreno y brillante. Llevaba un abrigo viejo con el cuello de piel. Había tenido reveses de fortuna. Lo acompañábamos, a eso de las seis de la tarde, a la pensión donde vivía. Me había dicho que su hija tenía mi edad y que podría trabar relación con ella. Aparentemente, él no la veía ya porque vivía con su madre y el nuevo marido de esta.

Los sábados por la tarde, aquel invierno, antes de ir a reunirme con mi madre en Pigalle, en su camerino del teatro, me apostaba delante del edificio de la calle de Spontini a la espera de que se abriera la puerta cochera de cristales y hierro forjado negro y apareciese una chica de mi edad, «la hija de Stioppa». Tenía la certeza de que iría sola, que se me acercaría y que hablarle sería de lo más natural. Pero nunca salió del edificio.

Stioppa me había dado su número de teléfono. Alguien descolgó. Dije: «Querría hablar con la hija de Stioppa». Un silencio. Me presenté como «el hijo de un amigo de Stioppa». Tenía una voz clara y cordial, como si nos conociéramos desde hacía mucho. «Vuelve a llamarme la semana que viene», me dijo. «Y quedaremos. Es complicado... No vivo con mi padre. Ya te lo explicaré todo...». Pero la semana siguiente y todas las demás semanas de aquel invierno, los timbrazos del teléfono sonaban sin que nadie contestara. En dos o tres ocasiones, los sábados, antes de coger el metro para Pigalle, volví a estar de guardia delante del edificio de la calle de Spontini. En vano. Habría podido llamar a la puerta del piso, pero, como

sucedía con el teléfono, estaba seguro de que no abriría nadie. Y luego, a partir de esa primavera, ya no hubo nunca más paseos por el bosque de Boulogne con Stioppa. Ni con mi padre.

Durante mucho tiempo estuve convencido de que los encuentros de verdad solo podían tener lugar en la calle. Por eso esperaba a la hija de Stioppa en la acera, enfrente del edificio en que vivía, sin conocerla. «Ya te lo explicaré todo», me había dicho por teléfono. Durante unos cuantos días más una voz cada vez más lejana pronunciaba esa frase en mis sueños. Sí, si había querido conocerla era porque tenía la esperanza de que me fuera a dar «explicaciones». A lo mejor me ayudaban a entender mejor a mi padre, un desconocido que paseaba a mi lado en silencio por los caminos del bosque de Boulogne. Ella, la hija de Stioppa, y yo, el hijo del amigo de Stioppa, debíamos tener forzosamente puntos en común. Y estaba seguro de que ella sabría algo más que yo.

En esa misma época, detrás de la puerta entornada de su despacho, mi padre hablaba por teléfono. Unas cuantas palabras suyas me intrigaron: «la banda de los rusos del mercado negro». Casi cuarenta años después, me he topado con una lista de nombres rusos, los de traficantes de mucha envergadura del mercado negro en París durante la ocupación alemana. Sháposhnikov, Kurilo, Stamoglu, barón Wolf, Mescherski, Dzhaparidze... ¿Estaba Stioppa entre ellos? ¿Y mi padre, con una identidad rusa falsa? Me he hecho por última vez esas preguntas antes de que se pierdan, sin respuesta, en la noche de los tiempos.

A eso de los diecisiete años, conocí a una mujer, Mireille Urúsov, que tenía también apellido ruso, el de su marido, Eddie Urúsov, apodado «el Cónsul», con quien vivía en España, por la zona de Torremolinos. Era francesa, oriunda de las Landas. Las dunas, los pinos, las playas desiertas del Atlántico en un día soleado de septiembre... Sin embargo, la conocí en París en el invierno de 1962. Había salido del internado de Alta Saboya con treinta y nueve de fiebre, tomado un tren para París y llegado alrededor de la medianoche al piso de mi madre. Estaba fuera y le había dejado la llave a Mireille Urúsov, que se había instalado allí durante unas cuantas semanas antes de regresar a España. Cuando llamé a la puerta, fue ella quien me abrió. El piso parecía abandonado. No quedaba ya ni un mueble, solo una mesa de *bridge* y dos sillas de jardín en la entrada, una cama grande en el centro de la habitación que daba al muelle y, en la habitación de al lado, donde dormía yo de pequeño, una mesa, retales, un maniquí de modista, vestidos y diversas prendas de ropa en unas perchas. De la lámpara del techo caía una luz velada porque la mayoría de las bombillas estaban fundidas.

Un peculiar mes de febrero con aquella luz velada en el piso y los atentados de la OAS. Mireille Urúsov acababa de volver de esquiar y me enseñaba fotos suyas y de sus amigos en el balcón de un chalet. En una de esas fotos la acompañaba un actor llamado Gérard Blain. Mireille me decía que Blain había trabajado en el cine desde los doce años sin permiso de sus padres porque era un niño de quien no se ocupaba nadie. Más adelante, cuando lo vi en algunas películas, me parecía que nunca había dejado de andar con las manos en los bolsillos y la cabeza algo hundida entre los hombros, como si quisiera protegerse de la lluvia. Me pasaba casi todo el día con Mireille Urúsov. Comíamos pocas veces en casa. Habían cortado el gas y teníamos que cocinar en un infiernillo de alcohol. No había

calefacción. Pero quedaban aún algunos leños en la chimenea del dormitorio. Una mañana fuimos por la zona del Odéon a pagar una factura de la luz de hacía dos meses para no tener que alumbrarnos con velas los siguientes días. Salíamos casi todas las noches. Mireille me llevaba, a eso de las doce, a un *cabaret* de la calle de Les Saints-Pères, muy cerca del piso, aunque las actuaciones hubieran terminado hacía mucho. Aún quedaban unos cuantos clientes en el bar de la planta baja, que parecían conocerse todos y hablaban sin alzar la voz. Nos encontrábamos allí con un amigo suyo, un tal Jacques de Bavière (o Debavière), un rubio con pinta deportiva de quien me había dicho Mireille que era «periodista» y que «iba y venía de París a Argel». Supongo que algunas noches en que Mireille no estaba en casa era porque se iba con el tal Jacques de Bavière (o Debavière), que vivía en un estudio de la avenida de Paul-Doumer. Fui allí con ella una tarde porque se había dejado en ese estudio el reloj de pulsera. Jacques de Bavière no estaba. En dos o tres ocasiones nos invitó a un restaurante de Les Champs-Élysées, en la calle de Washington, La Rose des Sables. Mucho más adelante me enteré de que por el *cabaret* de la calle de Les Saints-Pères y por La Rose des Sables iban por entonces miembros de una policía paralela que tenía que ver con la Guerra de Argelia. Y me pregunté, debido a esa coincidencia, si Jacques de Bavière (o Debavière) pertenecería a esa organización. Otro invierno, en la década de 1970, a eso de las seis de la tarde vi salir de la boca de metro de George-V, cuando estaba entrando yo, a un hombre a quien creí reconocer, con unos cuantos años más, Jacques de Bavière. Di media vuelta y lo seguí, diciéndome que tenía que hablarle para saber qué había sido de Mireille Urúsov. ¿Seguía viviendo en Torremolinos con su marido, Eddie «el Cónsul»? El hombre iba hacia Le Rond-Point y cojeaba un poco. Me detuve a la altura de la terraza del café Marignan y lo seguí con la mirada hasta que se esfumó entre la muchedumbre. ¿Por qué no le hablé? Y ¿me habría reconocido? No puedo responder a esas preguntas. París para mí está sembrado de fantasmas, tantos como estaciones de metro con sus puntos luminosos cuando a veces apretaba los botones del plano eléctrico de transbordos.

Mireille Urúsov y yo cogíamos mucho el metro en la estación de Louvre para ir a los barrios del oeste donde ella hacía visitas a amigos

cuyas caras he olvidado. Lo que sí sigue siendo muy concreto en mis recuerdos es cuando cruzábamos juntos el puente de Les Arts y, luego, la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois y, a veces, el patio del Louvre con, al fondo del todo, la luz amarilla del puesto de policía, esa misma luz velada que iluminaba el piso. En lo que había sido mi cuarto, libros en las baldas, cerca del ventanal de la derecha; y ahora me pregunto por qué milagro se habían quedado olvidados allí, siendo así que todo lo demás había desaparecido. Libros que mi madre había leído al llegar a París en 1942: novelas de Hans Fallada, libros en flamenco; y también libros de La Bibliothèque verte, mis libros: *El carguero misterioso*, *El vizconde de Bragelonne...*

En Alta Saboya había acabado por preocuparles mi ausencia. Una mañana, sonó el teléfono y fue Mireille Urúsov quien lo descolgó. El canónigo Janin, superior del internado, preguntaba por mí porque hacía quince días que no sabía nada.

Mireille le dijo que yo «estaba un poco pachucho» —una gripe fastidiosa— y que lo mantendría al tanto de la fecha exacta en la que «estaría de vuelta». Le hice la pregunta con franqueza: ¿podía irme con ella a España? Para cruzar fronteras se necesitaba un permiso escrito de los padres cuando se era menor de edad. Y el hecho de que yo no hubiera llegado a la mayoría de edad parecía preocupar mucho de repente a Mireille Urúsov, tanto que se proponía preguntarle qué opinaba del asunto a Jacques de Bavière.

El momento preferido del día, en París y en invierno, era para mí entre las seis y las ocho y media de la mañana, cuando todavía era de noche. Una tregua antes de que amaneciese. El tiempo se quedaba detenido y te sentías más ingrátido que de costumbre.

Frecuenté varios cafés de París a la hora en que abrían las puertas a los primeros parroquianos. En el invierno de 1964, en uno de esos cafés del alba —como los llamaba yo—, donde estaban permitidas todas las esperanzas mientras fuera todavía de noche, veía a una tal Geneviève Dalame.

El café estaba en la planta baja de una de esas casas de poca altura, más o menos al final del bulevar de La Gare, en el distrito trece. Hoy en día el bulevar ha cambiado de nombre y han derribado las casas y los edificios pequeños de la acera de los pares, antes de llegar a la plaza de Italie. A ratos me parece que el café se llamaba Le Bar Vert, y en otras ocasiones ese recuerdo se desdibuja, como esas palabras que acabamos de oír en un sueño y se nos escapan tras despertar.

Geneviève Dalame llegaba siempre la primera, y cuando entraba yo en el café, la veía sentada a la misma mesa, la del fondo, con la cabeza inclinada sobre un libro abierto. Me había dicho que apenas si dormía cuatro horas por noche. Trabajaba de secretaria en los Estudios Polydor, un poco más allá, bajando por el bulevar, y por eso nos encontrábamos en ese café antes de que se fuera ella a la oficina. La había conocido en una librería de ciencias ocultas de la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire. Le interesaban mucho ese tipo de ciencias. A mí también. Y no era por someterme a una doctrina o para hacerme discípulo de un gurú, sino sencillamente porque me gustaba el misterio.

Cuando salimos de la librería, ya había anochecido. Y a esa hora, en invierno, la sensación de ingravidez era la misma que por la mañana muy

temprano, cuando todavía era de noche. A partir de entonces, el distrito cinco, todas sus zonas y su lejano extrarradio del bulevar de La Gare, iba a quedar vinculado para mí a Geneviève Dalame.

A eso de las ocho y media, íbamos andando a su oficina, siguiendo el terraplén por donde pasa el metro elevado. Le había preguntado cosas de los Estudios Polydor. Acababa de aprobar un examen de «letrista» en la Asociación de Autores, Compositores y Editores de Música, y necesitaba un «padrino» para darme de alta. Un tal Émile Stern, autor de canciones, director de orquesta y pianista, había aceptado desempeñar ese papel. Había dirigido las primeras grabaciones de Édith Piaf, veinticinco años antes, en los Estudios Polydor. Le pregunté a Geneviève Dalame si en los archivos de los Estudios Polydor quedaba rastro de aquello. Una mañana, en el café, me alargó un sobre que contenía las antiguas fichas de las grabaciones de Édith Piaf dirigidas por mi «padrino», Émile Stern. Haber cometido ese robo por mí parecía haberla alterado bastante.

Al principio, no se decidía a decirme dónde vivía exactamente. Cuando se lo pregunté, me contestó: «Vivo en el hotel». Nos conocíamos desde hacía dos semanas y una noche en que le regalé el *Diccionario práctico de las ciencias ocultas*, de Marianne Verneuil, y una novela que trataba de esoterismo, *En memoria de un Ángel*, me propuso que la acompañase al hotel.

Estaba en la parte baja de la calle de Monge, en las lindes de Les Gobelins y del distrito trece. Ha transcurrido casi medio siglo y ya no vive nadie en París en una habitación de hotel, como tantas veces sucedía después de la guerra y hasta la década de 1960. Geneviève Dalame fue la última persona que conocí que viviera en una habitación de hotel. Me parece también que en esos años, 1963, 1964, el mundo viejo estaba conteniendo el aliento por última vez antes de derrumbarse, igual que todas esas casas y todos esos edificios de los arrabales y de la periferia que se disponían a derribar. A nosotros, que éramos muy jóvenes, nos fue dado vivir aún unos cuantos meses en los decorados antiguos. Del hotel de la calle de Monge, recuerdo el interruptor en forma de pera encima de la mesilla de noche y la cortina negra que Geneviève Dalame corría todas las

noches con un gesto brusco, una cortina de la defensa pasiva que no habían cambiado después de la guerra.

Me presentó a su hermano unas semanas después de habernos conocido, un hermano del que nunca me había hablado hasta entonces. En dos o tres ocasiones intenté enterarme de algo más acerca de su familia, pero le notaba una reticencia a contestarme y no insistí.

Una mañana, entré en el café del bulevar de La Gare y estaba en su mesa habitual en compañía de un chico moreno de nuestra edad sentado enfrente de ella. Yo me senté en el asiento corrido, a su lado. El chico llevaba una cazadora de cremallera con hombreras que parecía de piel de leopardo. Me sonrió y pidió un grog con voz sonora, como si fuera un parroquiano del café.

Geneviève Dalame me dijo: «Es mi hermano»; y, por su expresión apurada, entendí que se había presentado sin aviso previo.

Me preguntó «a qué me dedicaba en la vida» y le contesté de forma evasiva. Luego, como si esa información pudiera resultarle de utilidad, me hizo una pregunta que me sorprendió: «¿Vive en París?». Pensé que él no había vivido siempre en París. Geneviève Dalame me había dicho que había nacido en una ciudad de los Vosgos que no recuerdo ya si era Épinal o Saint-Dié. Me imaginaba a su hermano, a eso de las once de la noche, en la mesa de un café de una de esas dos ciudades, un café próximo a la estación, el único que seguía abierto. Llevaba seguramente esa misma cazadora, que le estaba ancha, de leopardo de imitación; y la cazadora, que en una calle de París resultaba completamente anodina, debía de llamar la atención en aquel sitio. Estaba sentado a solas, con la mirada perdida, delante de una jarra de cerveza, mientras había gente jugando la última partida de billar.

Quiso acompañar a Geneviève Dalame a la oficina y fuimos siguiendo el terraplén del bulevar. Ella parecía cada vez más incómoda en presencia suya y con aspecto de querer librarse de él. Mi impresión se confirmó cuando su hermano le preguntó si seguía viviendo en el mismo hotel de la

calle de Monge. «Voy a irme la semana que viene», le dijo. «He encontrado otro hotel por la zona de Auteuil». Él insistió para saber las señas. Ella le dijo un número de la calle de Michel-Ange, como si tuviera previsto ya que le iba a hacer esa pregunta. Él sacó del bolsillo interior de la cazadora una libreta encuadernada en cuero negro y apuntó las señas. Luego ella nos dejó delante de la puerta de los Estudios Polidor, diciéndome: «Hasta luego», con un leve ademán de la cabeza en señal de entendimiento.

Así que me encontré a solas con aquel individuo de la cazadora de leopardo. «¿Quiere que tomemos algo?», me dijo en tono perentorio. Había empezado a nevar con unos copos muy húmedos, casi como gotas de agua. «No tengo tiempo», le dije. «Tengo una cita». Pero él seguía caminando a mi lado y me entraron ganas de dejarlo tirado echando a correr hacia la boca de metro de Chevaleret, que estaba a unos cien metros. «¿Hace mucho que conoce a Geneviève? ¿No le da demasiada lata con sus historias de magia y de mesas parlantes?». «No, en absoluto». Me preguntó si vivía por el barrio, y estaba seguro de que quería saber mi dirección para apuntarla en la libreta negra. «En las afueras de París», le dije. Y sentí un poco de vergüenza por la mentira. «En Saint-Cloud». Sacó el cuaderno negro. Tuve que inventarme unas señas, una avenida de Anatole-France o de Romain-Rolland. «¿Y tiene teléfono?». Dudé un momento con el prefijo y opté por «Val-d'Or» seguido de cuatro números. Lo anotó concienzudamente. «Quiero matricularme en un curso de arte dramático. ¿Sabe de alguno?». Me clavaba una mirada insistente. «Me han dicho que tengo el físico adecuado». Era alto, con rasgos bastante regulares y el pelo ondulado. «¿Sabe? En París, cursos de arte dramático los hay a porrillo», le contesté. Pareció sorprendido, seguramente por la expresión «a porrillo». Se subió la cremallera de la cazadora de leopardo de imitación hasta la barbilla para protegerse de la nieve, que arreciaba. Había llegado por fin a la boca de metro. Tuve miedo de que me siguiera y no poder ya quitármelo de encima. Bajé las escaleras sin despedirme y sin volverme y me colé en el andén de la estación en el preciso instante en que se cerraba el portillo automático.

A Geneviève Dalame no la extrañó mi comportamiento con su hermano. Bien pensado, ¿no le había dado ella también unas señas de hotel falsas? Me explicó que había ido al café a pedirle dinero. Estaba enterado del café al que íbamos por la mañana muy temprano y del sitio en que trabajaba ella, claro, pero me dijo que es fácil librarse de la gente. Yo no compartía su optimismo. Añadió con voz muy tranquila que su hermano acabaría por volverse a los Vosgos y vivir allí de «apaños» —fue la palabra que usó—, como siempre había hecho. Pasaron los días sin que tuviéramos noticias tuyas. Sí, a lo mejor se había vuelto a los Vosgos.

Estuve una temporada imaginándome al hermano de Geneviève Dalame entrando en una cabina telefónica y marcando el prefijo Val-d'Or y cuatro números sin que nadie le contestase. O, si no, oyendo la frase: «Se ha equivocado, caballero», que caía como una cuchilla. Y lo veía también tomando el metro y cruzando el Sena hasta Saint-Cloud, con su cazadora de leopardo de imitación. El invierno había sido bastante crudo aquel año y, con el cuello de la cazadora levantado, andaba buscando una avenida que no existía. Por toda la eternidad.

Geneviève Dalame iba con regularidad a ver a una mujer a la que consideraba una amiga y que, según ella, sabía mucho de ciencias ocultas. Le había hablado de nuestro encuentro y le había contado que yo le había regalado el *Diccionario* de Marianne Verneuil y la novela llamada *En memoria de un Ángel*. Un día me propuso que la acompañase a casa de la tal Madeleine Péraud, cuyo nombre me ha costado mucho recordar. Pero con un poco de buena voluntad nos vuelven a la memoria esos nombres que seguían en nuestra mente bajo una delgada capa de nieve y de olvido. Sí, Madeleine Péraud. Aunque a lo mejor me estoy equivocando de nombre de pila.

Vivía a la entrada de la calle de Val-de-Grâce, en el número 9. Posteriormente, he pasado con frecuencia ante la verja que da paso a un jardín rodeado de tres fachadas de edificios con ventanales. Incluso anduve por allí, por casualidad, hace quince días. Y era la misma hora a la que entrábamos por la verja Geneviève Dalame y yo. Las cinco de la tarde, en invierno, cuando anochecía y se veía ya luz en las ventanas. Tuve la certidumbre de haber vuelto al pasado por un fenómeno que podríamos llamar el eterno retorno o, sencillamente, para mí el tiempo se había detenido en determinado período de mi vida.

Madeleine Péraud era una mujer morena de unos treinta años, peinada con moño, de ojos claros, con el porte de cabeza y los andares de una antigua bailarina. ¿Cómo la había conocido Geneviève Dalame? Creo que había empezado por ir a su casa a clases de yoga, pero también recuerdo que, antes de presentármela, Geneviève Dalame me hablaba de ella como de la «doctora Péraud». ¿Ejercía la medicina? De todo esto hace alrededor de cincuenta años y debo decir que en este medio siglo no me he hecho muchas preguntas que digamos sobre todas esas personas con las que me fui cruzando. Encuentros breves.

A partir del día de la presentación, acompañé a Geneviève varias veces a casa de Madeleine Péraud a las cinco de la tarde, en jueves. Nos conducía en silencio por el pasillo hasta el salón. Los dos ventanales daban al jardín y Geneviève Dalame y yo nos sentábamos en el sofá rojo, de cara a las ventanas, y Madeleine Péraud en un puf, con las piernas cruzadas y la espalda muy erguida. En nuestro primer encuentro, me preguntó con voz muy grave, casi ronca, si estudiaba, y le dije la verdad: «No, no estudio». Me había matriculado en la Sorbona solo para ampliar la prórroga para incorporarme al servicio militar, pero nunca iba a clase. Era un estudiante fantasma. Madeleine quiso saber si tenía trabajo y le dije que me ganaba más o menos la vida trabajando para algunas librerías, eso que podría llamarse, aunque esa expresión comercial no me agrada demasiado, «corredor de libros». Y era miembro de la Asociación de Autores, Compositores y Editores de Música porque pensaba escribir letras de canciones. Y ya está. «¿Y sus padres?». De repente, caí en la cuenta de que a mi edad podría haber tenido unos padres que me proporcionasen ayuda anímica, afectiva o material. Pero no, no había padres. Y fue una respuesta tan lacónica que ella no quiso saber más acerca de un eventual entorno familiar. Era la primera vez que respondía de forma espontánea a preguntas que se refirieran a mí, hasta entonces las evitaba, porque sentía algo así como una desconfianza natural por cualquier forma de interrogatorio. A lo mejor aquel día había bajado la guardia por la mirada y la voz de Madeleine Péraud, que te transmitían una especie de apaciguamiento, la sensación de que una persona te estaba escuchando, algo a lo que yo no estaba acostumbrado. Hacía preguntas atinadas, igual que un acupuntor sabe los lugares concretos donde hay que introducir las agujas. Y, por lo demás, ¿no la había llamado Geneviève Dalame varias veces «doctora Péraud»? Además, estaban la tranquilidad de aquel salón, los dos ventanales que daban al jardín, la luz de la lámpara de pie, entre las ventanas, que dejaba zonas de penumbra. Debido al silencio, te preguntabas si de verdad estabas en París. Yo me pasaba la mayor parte del día fuera, por la calle y en sitios públicos, cafés, metro, habitaciones de hotel, salas de cine. Y el piso de la «doctora Péraud» contrastaba con todo aquello, sobre todo en invierno, los inviernos de principios de la década de 1960, que me parece que fueron

mucho más rigurosos que los de hoy en día. Reconozco que en la primera visita que le hice a la «doctora Péraud» me dije que resultaría tranquilizador estar resguardado del frío y del invierno en su piso y contestar a las preguntas que me hacía con voz tan grave y tan apacible.

En casa de Madeleine Péraud me permití echar una ojeada a los libros que había en las baldas y en una estantería baja, al fondo del salón. Le dije que no quería ser indiscreto, pero que, en mi caso, se trataba de una curiosidad de orden «profesional». «Si encuentra libros que le parezcan interesantes, cójalos». Me animaba con una sonrisa. Se trataba de obras consagradas a las ciencias ocultas. Entre ellas, la novela que le había regalado a Geneviève Dalame y que se había publicado hacía unos diez años: *En memoria de un Ángel*. «Me sorprendió que conociera esta novela», me dijo Madeleine Péraud, como si aquel libro le recordase algo concreto, algo más que una lectura, algo vinculado a su vida.

Yo lo había sacado de la estantería y abierto mecánicamente. En la página de guarda, una dedicatoria: «Para ti. En recuerdo de los ángeles. Megève. Le Mauvais Pas. Irène», con letra grande y en tinta azul. Ella se dio cuenta de que había leído la dedicatoria y parecía apurada. «Una hermosa novela», me dijo. «Pero tengo otros libros que darles a leer a los dos». Y dijo esta frase con tono autoritario. Una noche, puso un volumen encima del sofá rojo, entre Geneviève Dalame y yo, cuyo título era *Encuentros con hombres notables*. Aquel título y aquella palabra, «encuentros», hoy, tras más de cincuenta años, me hacen pensar de repente en un detalle que hasta ahora no se me había venido a las mientes. Nunca intenté conocer, como hacían muchas personas de mi edad, a los cuatro o cinco mentores que imperaban por entonces en las tarimas universitarias ni hacerme discípulo de alguno de ellos. ¿Para qué? Siendo como era un estudiante fantasma, habría sido natural que me buscara un guía, pues vivía en cierta soledad y con cierta desesperación. Al único que recuerdo de esos maestros fue por haberme cruzado con él una noche, muy tarde, en la calle de Le Colisée. Me habría esperado más bien encontrármelo en el barrio de Les Écoles. Me llamaron la atención los andares vacilantes y la tristeza y la

inquietud de la mirada. Daba la impresión de que se había perdido. Lo agarré por el brazo y lo conduje, como me pedía, a la parada de taxis más próxima.

No tardé en intuir que la «doctora Péraud» tenía ascendiente sobre Geneviève Dalame. Una noche en que salíamos de su casa, tras cruzar el jardín me dijo que Madeleine Péraud frecuentaba a un «grupo» —algo así como una sociedad secreta— que practicaba la «magia». No podía decirme más porque no acababa de entenderlo bien. Madeleine Péraud aludía a ese grupo, siempre con vaguedades, seguramente para observar cómo reaccionaba Geneviève Dalame antes de entrar más a fondo en la cuestión. Pero me parecía que Geneviève Dalame sabía más de lo que quería contarme, sobre todo cuando me hizo de pronto el siguiente comentario: «Podrías hablar con ella del asunto». Íbamos siguiendo la muralla, antes de llegar a la iglesia Saint-Jacques du Haut-Pas. «Sí, deberías hablarle del asunto». Me sorprendía su insistencia. «¿Hace mucho que la conoces?», le pregunté. «No, no mucho. La conocí una tarde en un café muy cerca de su casa, enfrente de Le Val-de-Grâce». Estaba a punto de darme más detalles, pero se quedó callada. Habíamos salido a esa calle muy ancha que bordean los edificios modernos de la Escuela Normal Superior y de la Escuela de Física y Química y que le da a uno la impresión de haberse perdido en una ciudad extranjera —Berlín, Lausana o incluso Roma, en el barrio de Parioli—, hasta el punto de que se pregunta si no va caminando en sueños, y acaba por dudar de la propia identidad. «De verdad que tienes que hablar con ella», repitió Geneviève Dalame con voz intranquila, como si me estuviera pidiendo socorro. «Te pondrá al tanto...». Me disponía a preguntar: «¿Al tanto de qué?», pero me dio la sensación de que una pregunta tan espontánea aumentaría aún más su apuro y que estaba de verdad bajo el dominio de la «doctora Péraud». «Pues claro que hablaré con ella», y me esforzaba por decirlo en tono tranquilo y despreocupado. «Este mismo jueves, cuando vayamos a verla. Me interesa mucho esa mujer. Parece muy inteligente. Tengo curiosidad por saber más de ella».

Habíamos llegado a la puerta de su hotel. Parecía aliviada. Me sonrió. Creo que me agradecía que le hubiera contestado que estaba deseando saber más. Yo había sido sincero de verdad al decir esas palabras. Desde la

infancia y la adolescencia, sentía mucha curiosidad y una particular atracción por todo cuanto tenía que ver con los misterios de París.

Pero no esperé al jueves siguiente para «saber más». Una mañana en que había acompañado a Geneviève Dalame desde el hotel hasta los Estudios Polydor, volví a coger el metro en dirección contraria y, al salir de la estación de Censier-Daubenton, fui andando hasta Le Val-de-Grâce.

Llegué ante la verja y, sin titubear, crucé el jardín. En el momento de entrar en el portal pensé que debería haber llamado por teléfono a Madeleine Péraud y preguntarle si podía recibirme.

Me sorprendió el sonido del timbre, en el que no me había fijado, en este mismo descansillo, cuando había ido con Geneviève: unas notas endebles, ahogadas, que amenazaban continuamente con apagarse, hasta tal punto que no aparté el dedo del botón, un campanilleo que no estaba seguro de que a Madeleine Péraud pudiera llegarle si estaba en la habitación del fondo.

Se entornó la puerta sin que hubiera oído el menor ruido de pasos. ¿Estaba Madeleine detrás esperando a un visitante eventual? No pareció sorprendida al verme. Como hacía siempre, me fue conduciendo en silencio por el pasillo. Era la primera vez que entraba en el salón a la luz del día, había manchas de sol en el *parquet*. Por la ventana veía el jardín bajo una delgada capa de nieve. Me sentía aún más lejos de París que las noches en que venía aquí con Geneviève Dalame.

Se sentó a mi derecha en el sofá rojo, en el sitio en que solía estar Geneviève Dalame. Me miró fijamente.

—Geneviève me acaba de llamar por teléfono para decirme que quería usted verme. Lo estaba esperando.

Así que esta visita se había decidido sin que yo lo supiera. A lo mejor me habían puesto entre las dos, sin que me diera cuenta, en estado de hipnosis.

—¿La ha llamado por teléfono?

Me parecía que esta escena la había vivido ya en un sueño. Un rayo de sol daba en la estantería que estaba contra la pared del fondo. Hubo entre nosotros un momento de silencio. Me correspondía interrumpirlo a mí.

—He leído el libro que me prestó... *Encuentros con hombres notables*... Ya había oído hablar de él...

Fue durante los dos años que pasé en Alta Saboya, en un internado. Uno de mis compañeros, Pierre Andrieux, me había contado que sus padres eran discípulos del autor de ese libro, Georges Ivánovich Gurdjieff, un «maestro místico». Su madre nos llevó en coche a Pierre Andrieux y a mí, un día de vacaciones, a la meseta de Assy para ir a ver a una amiga, una farmacéutica, otra adepta del tal Gurdjieff. Oí retazos de su conversación. Hablaban de «grupos» que aquel hombre había creado a su alrededor para propagar su «enseñanza». Y la palabra «grupos» me intrigó.

—Ah, ya... ¿Había oído hablar de él? ¿En qué circunstancias?

Tenía una expresión intranquila e interesada a la vez, como si temiera que yo estuviera enterado de algunos secretos.

—Viví mucho tiempo en Alta Saboya. Había allí unos cuantos discípulos de Georges Ivánovich Gurdjieff...

Dije la frase despacio, sosteniéndole la mirada.

—¿En Alta Saboya?

Por lo visto no esperaba que le diera ese detalle. Yo tenía pinta de policía que, cogiendo a alguien por sorpresa, intenta obtener una confesión. Pero no era un policía. Solo un buen chico.

—Sí... En Alta Saboya..., por la zona de la meseta de Assy..., no muy lejos de Megève.

Me acordaba de la dedicatoria que figuraba en la novela *En memoria de un Ángel* y que seguramente era para ella: «Para ti... Megève... Le Mauvais Pas...».

—¿Y conoció a discípulos de Gurdjieff en Alta Saboya?

—Sí, a unos cuantos...

Me daba la impresión de que estaba esperando con cierto nerviosismo que le diera nombres.

—La madre de un compañero de colegio... Nos llevó a ver a una amiga que también era discípula de Gurdjieff..., una farmacéutica..., en la meseta

de Assy...

Le leía el asombro en la mirada.

—Pero si la conocí hace mucho..., a esa farmacéutica de la meseta de Assy... También se llamaba Geneviève... Geneviève Lief...

—No sabía cómo se llamaba —le dije.

Inclinó la cabeza como si intentase recordar con más precisión a aquella mujer. Y quizá también otros detalles de determinado período de su vida.

—Fui a verla varias veces a la meseta de Assy.

Se había olvidado de mi presencia. Yo callaba, porque no quería distraerla de sus pensamientos. Al cabo de un momento, se volvió hacia mí.

—Nunca habría imaginado que me recordaría usted todas esas cosas.

Parecía tan alterada que me pregunté si no sería mejor cambiar de conversación.

—Geneviève me ha dicho que daba clases de yoga. Me gustaría mucho que me diera usted clases de yoga.

No me había oído. Había vuelto a inclinar la cabeza e intentaba seguramente agrupar los recuerdos que le quedasen de aquella farmacéutica de la meseta de Assy.

Se me acercó. Nuestras caras casi se rozaban. Me dijo en voz baja:

—Era muy joven..., debía de tener su edad..., tenía una amiga que se llamaba Irène... Fue ella la que me llevó a las reuniones de casa de Gurdjieff..., en París, en la calle de Les Colonels-Renard... Tenía a su alrededor todo un grupo de discípulos...

Hablaba deprisa, a trompicones, como si se dirigiera a un confesor. Y a mí me daba un poco de apuro. No tenía ni edad ni experiencia para interpretar el papel de confesor.

—Y luego me fui con mi amiga Irène a Alta Saboya..., a Megève y a la meseta de Assy... Ella tenía que ingresar en un sanatorio de la meseta de Assy...

Estaba dispuesta a contarme su vida. Muchas personas de todo tipo hicieron lo mismo en los años siguientes y me he preguntado a menudo por qué. Debía de inspirar confianza. Me gustaba escuchar a la gente y hacerle preguntas. Con frecuencia me llegaban retazos de conversaciones de desconocidos en los cafés. Los anotaba con toda la discreción posible. Esas

palabras, al menos, no se perderían para siempre. Llenan cinco cuadernos, con fechas y puntos suspensivos...

—¿Irène fue la que le dedicó *En memoria de un Ángel*? —le pregunté.

—Exactamente.

—Al final de la dedicatoria pone: «Le Mauvais Pas». Conozco bien Le Mauvais Pas.

Madeleine frunció el ceño y me dio la impresión de que estaba haciendo un esfuerzo de memoria.

—Era algo así como una sala de fiestas a la que iba con Irène.

No me había olvidado de aquel edificio en ruinas en la carretera del monte de Arbois, en parte del cual quedaban rastros de un incendio. En la fachada colgaba un rótulo de madera clara donde ponía en letras rojas «Le Mauvais Pas». Yo había pasado varios meses en una residencia infantil a pocos cientos de metros, algo más arriba.

—No he vuelto a Alta Saboya desde entonces —me dijo con voz cortante, como si quisiera interrumpir la conversación.

—Después de haber conocido a Gurdjieff, ¿formó parte de los «grupos»?

Pareció sorprenderla mi pregunta.

—Se lo pregunto porque la madre de mi amigo y la farmacéutica de la meseta de Assy usaban mucho esa palabra...

—Era una palabra que utilizaba Gurdjieff —me contestó—. «Grupos de trabajo»..., el «trabajo sobre uno mismo».

Pero creo que no le apetecía darme explicaciones más concretas acerca de la doctrina de Georges Ivánovich Gurdjieff.

—Su amiga Geneviève... —me dijo de pronto—. Se parece a Irène una barbaridad... Cuando la vi por primera vez en ese café, delante de Le Val-de-Grâce, me quedé impresionada... Creí que era Irène...

A mí no me desconcertaba en absoluto lo que me acababa de contar. Desde niño, había sorprendido tantas conversaciones raras detrás de las puertas entornadas, de los tabiques demasiado delgados de habitaciones de hotel, en cafés, en salas de espera, en trenes nocturnos...

—Me tiene muy preocupada Geneviève... De eso era de lo que quería hablarle...

—¿Muy preocupada por qué?

—Tiene una forma muy peculiar de vivir..., como si de vez en cuando estuviera ausente de su vida... ¿No le parece?

—No.

—Es curioso que no se dé usted cuenta... A veces da la impresión de que va andando al lado de su vida... ¿Nunca se ha fijado? ¿Nunca le ha recordado a una sonámbula?

Esa palabra me traía a la memoria el nombre de un *ballet* que había visto de niño y del que me había quedado un recuerdo que valoraba mucho. Intentaba dar con el parecido entre Geneviève Dalame y aquella bailarina que subía despacio, con los brazos estirados hacia delante, unas escaleras.

—Una sonámbula..., a lo mejor tiene usted razón —le dije.

No quería llevarle la contraria.

—Irène era exactamente como ella..., exactamente... Había momentos en que estaba ausente... Yo intentaba luchar contra eso...

—¿Y qué opinaba Gurdjieff?

Me arrepentí en el acto de haber hecho esa pregunta. En aquella época me sucedía a veces: hacía preguntas improcedentes como esta. Quería dejar zanjadas las cosas. A fuerza de escuchar a la gente mostrándole la mayor atención posible, notaba a veces un repentino sentimiento de cansancio y el deseo súbito de cortar lazos.

—Gurdjieff siempre ejerció sobre ella una buena influencia. Sobre mí también. Siempre animé a Irène a que siguiera sus enseñanzas.

Se volvió hacia mí y estuvo un buen rato mirándome fijamente. Me intimidaba.

—Tenemos que ayudar a Geneviève.

Había adoptado un tono tan serio que acabó por convencerme de que Geneviève Dalame corría un peligro inminente. Y, sin embargo, por muchas vueltas que le daba, no veía de qué peligro podía tratarse.

—Debería convencerla de que viniera a vivir aquí.

Me extrañaba que me encomendase una misión así.

—Es muy malo para Geneviève vivir en un hotel. Irène era exactamente como ella... Conozco bien el problema... Tardé tres meses en convencerla de que se fuera de aquel hotel espantoso de la calle de Armaillé. Menos mal

que las reuniones de Gurdjieff se celebraban en ese barrio..., si no Irène no habría salido de su habitación en todo el día...

Estaba visto que la tal Irène había tenido mucha importancia en su vida.

—El hotel donde vivía ¿estaba muy cerca de la casa de Gurdjieff? —le pregunté.

—A unos cincuenta metros... Irène había cogido una habitación en ese hotel para estar lo más cerca posible de casa de Gurdjieff.

Así es como basta con cruzarse con una persona o con encontrársela en dos o tres ocasiones o con oírla hablar en un café o en el pasillo de un tren para captar retazos de su pasado. Mis cuadernos están repletos de trozos de frase que pronuncian voces anónimas. Y ahora, en una página igual que las demás, intento transcribir las pocas palabras cruzadas hace casi cincuenta años con una tal Madeleine Péraud de cuyo nombre de pila ni siquiera estoy seguro. Irène, la meseta de Assy, Gurdjieff, un hotel de la calle de Armaillé...

—Debería convencer a Geneviève de que viniera a vivir aquí...

De nuevo me había hablado en voz baja y había acercado su cara a la mía. Me miraba de frente, a los ojos, y aquella mirada me entumecía como en esos sueños en que intentamos salir huyendo pero estamos clavados en el sitio.

Debió de pasar mucho tiempo, unas cuantas horas que apenas recuerdo, eso que se llama quedarse en blanco. Caía la tarde, el salón estaba en penumbra y yo seguía en el sofá rojo con ella.

Se levantó y encendió la lámpara de pie, entre las dos ventanas. Fue hasta la estantería y escogió dos libros en las baldas.

—Tenga..., ya se llevará otros cuando quiera...

Los dos libros eran delgados y más bien parecían folletos. *Ensayos sobre budismo zen*, de Suzuki, segundo tomo, Éditions Adrien Maisonneuve, y *El rito sagrado del amor mágico*, de Maria de Noglowska. Los sigo teniendo después de cincuenta años y me pregunto por qué algunos libros o algunos objetos se obstinan en ir siguiendo nuestras huellas toda la vida, sin que nos demos cuenta, siendo así que hemos perdido otros que eran tan valiosos para nosotros.

En el vestíbulo, me disponía a abrir la puerta del piso para irme cuando me puso la mano en el brazo.

—Ha quedado con Geneviève, ¿verdad?

Me daba apuro contestarle porque parecía envidiarme mucho.

—Quería decirle que... puede usted vivir aquí con ella..., estaría encantada de hospedarlo.

Seis años después, iba por la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire a la altura de la Mezquita y de la tapia del Jardín Botánico. Una mujer andaba delante de mí y llevaba a un niño de la mano. Tenía unos andares indolentes que me recordaban a alguien. No podía por menos de mirarla.

Apreté el paso y alcancé a la mujer y al niño. Me volví. Geneviève Dalame. Llevábamos seis años sin vernos. Me sonrió como si nos hubiéramos separado el día anterior.

—¿Vive en el barrio?

No sé por qué la trataba de usted. Seguramente porque estaba aquel niño delante. Sí, vivía muy cerca. Intenté trabar conversación, pero aparentemente le parecía natural que anduviéramos juntos en silencio.

Entramos en el Jardín Botánico y fuimos, por un paseo, hasta la casa de fieras. El niño corría, nos dejaba atrás y luego daba media vuelta y volvía hacia nosotros. Jugaba a que tenía que escapar de unos perseguidores invisibles y a veces se escondía detrás del tronco de un árbol. Le pregunté si era su hijo. Sí. ¿Se había casado? No. Vivía sola con su hijo. En resumidas cuentas, nos habíamos encontrado seis años después en la calle en que nos conocimos, pero no me daba la impresión de que hubiera pasado el tiempo. Al contrario, se había detenido y nuestro primer encuentro se repetía con una variante, la presencia de ese niño. Habría otros encuentros con ella, en la misma calle, como las agujas de un reloj que se juntan todos los días a mediodía y a medianoche. Por cierto, la noche en que coincidimos por primera vez en la librería de ciencias ocultas de la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire había comprado un libro cuyo título me había llamado la atención: *El eterno retorno de lo mismo*.

Habíamos llegado ante las jaulas de la casa de fieras, vacías aquel día, salvo la más grande, donde habían encerrado a una pantera. El niño se había

parado y la miraba a través de los barrotes. Geneviève Dalame y yo nos habíamos sentado en un banco algo retirado.

—Lo traigo a ver los animales por *El libro de la selva*. Quiere que se lo lea todas las noches.

Entonces me acordé de las baldas, cerca del ventanal, en el piso vacío de mi madre, en los muelles. Estaba seguro de que entre las novelas de Hans Fallada y *El vizconde de Bragelonne* estaban todavía los dos tomos de *El libro de la selva* en una edición ilustrada. Tendría que reunir valor para volver allí y comprobar si estaba equivocado.

No sabía si preguntarle por su repentina desaparición. Una noche, en el hotel de la calle de Monge, me dijeron que había dejado la habitación «definitivamente». Al día siguiente, en los Estudios Polydor, una de sus compañeras me comunicó con tono muy seco que había cogido «un permiso», sin darme más detalles. En casa de Madeleine Péraud, en la calle de Le Val-de-Grâce, no sonaba el timbre. Y a mí, que estaba acostumbrado desde niño a las desapariciones, confieso que la de Geneviève Dalame en realidad no me extrañó.

«¿Así que te fuiste sin dejar dirección?». Se encogió de hombros. Pero yo no necesitaba explicaciones. El niño se nos acercó afirmando que iba a abrir la puerta de la jaula y a pasearse con la pantera, a la que llamaba Bagheera, la pantera de *El libro de la selva*. Luego volvió a apostarse delante de los barrotes a la espera de que Bagheera se le acercase.

«¿Sabes algo de la doctora Péraud?».

Con tono indiferente, como si estuviera hablando de una conocida lejana, me aclaró que la doctora Péraud ya no vivía en la calle de Le Val-de-Grâce, sino en el distrito quince. Esas personas de las que nos preguntamos qué habrá sido de ellas y cuya desaparición se rodea de misterio, de un misterio que nunca conseguiremos disipar, resulta que nos quedaríamos muy sorprendidos al enterarnos de que, sencillamente, han cambiado de distrito.

«¿Y ya no trabajas en los Estudios Polydor?». Sí, seguía trabajando allí, pero pasaba lo mismo que con Madeleine Péraud, no estaban ya en la misma dirección. Del bulevar de La Gare, los Estudios Polydor se habían cambiado cerca de la plaza de Clichy.

Volví a acordarme de los planos eléctricos junto a las taquillas del metro. A cada estación le correspondía un botón en el teclado. Y había que apretar el botón para saber dónde había que hacer transbordo. Los trayectos aparecían en el plano formando líneas luminosas de colores diferentes. Yo tenía la seguridad de que en el futuro bastaría con poner en una pantalla el nombre de una persona que hubiéramos conocido tiempo atrás y un punto rojo nos indicaría en que punto de París podíamos localizarla.

«Un día», le dije, «me encontré con tu hermano». No había vuelto a saber nada de él desde la mañana en que había ido a pedirle dinero. ¿Y cuándo me lo había encontrado? Hacía dos o tres años. Iba por el bulevar de Saint-Michel abajo y llegué, a la altura de la Sorbona, a un café grande donde siempre me había dado reparo entrar, sin saber muy bien por qué. Lo reconocí enseguida por la cazadora de leopardo de imitación. Estaba sentado a una mesa, tras la luna de la fachada, en compañía de un muchacho de su edad. Se había puesto de pie y golpeaba con ambos puños el cristal para llamarme la atención. Iba a salir a la acera y me adelanté, empujando la puerta del café como quien se enfrenta a un peligro en un sueño con la certidumbre de que podemos despertarnos en cualquier momento. Me senté a su mesa. El malestar que notaba siempre al pasar por delante de La Source se hizo más preciso: me dio la impresión de que sobre ese establecimiento pendía la amenaza de una redada.

Sacó del bolsillo de la chaqueta la libreta negra y, tras consultarla, me soltó una sonrisa irónica.

—Intenté localizarlo en Val-d'Or 14-14 hace unos años, pero por lo visto estaba ausente.

Allí estaba yo, frente a él, con la esperanza de que me diera noticias de Geneviève Dalame y, quizá, los motivos de su desaparición.

Me presentó a su amigo. Se me ha quedado el nombre: Alain Parquenne, porque lo vi, diez años después, en el rótulo de un comercio diminuto de cámaras fotográficas de segunda mano de las que era seguramente el perista, en la avenida de Wagram. Sentí la tentación de entrar en la tienda para darle recuerdos a aquel fantasma.

—¿Geneviève? ¿Lleva tres años sin verla? Yo también... Debe de estar metida en el tarot y las bolas de cristal, como de costumbre...

La cazadora de leopardo de imitación me pareció más ajada que en el primer encuentro. Me fijé en un siete en uno de los puños y en una mancha en una manga. Alain Parquenne tenía el cutis pálido y la cara de un niño precozmente envejecido, una cara de antiguo botones o de *jockey*.

—Es fotógrafo —me dijo el hermano de Geneviève Dalame—. Me está haciendo un «book» para poder entregárselo a algunos agentes..., quiero hacer cine...

El amigo me observaba fumándose un cigarrillo, y aquellos ojos, de una negrura pegajosa, me incomodaban. El hermano de Geneviève Dalame le dijo de repente: «Sería cosa de que fueras a llamarlos por teléfono para avisarlos». Entonces, Alain Parquenne se puso de pie y fue hacia el fondo de la sala.

—Estoy seguro de que podría ayudarme; usted... —me dijo el hermano de Geneviève Dalame, clavándome un mirada que me dio un escalofrío por la espalda, la mirada ávida de los que se disponen a robar a los cadáveres después de un bombardeo—. ¿Usted estaría dispuesto a ayudarme?

Se le habían crispado los rasgos, que revelaban cierta amargura. El amigo se acercaba otra vez a la mesa.

—¿Qué? ¿Los has avisado? —preguntó el hermano de Geneviève Dalame. El amigo asintió con la cabeza y se sentó a la mesa. Me entró un pánico que me costó controlar. ¿A quiénes había llamado por teléfono? ¿Y para avisarlos de qué? Me daba la sensación de que estaba en una ratonera y era inminente una batida de la policía—. Le he preguntado si podía ayudarnos —dijo el hermano, señalándome.

—Sí, tienes que ayudarnos —dijo el amigo con una sonrisa torva—. De todas formas, ya no vamos a perderte de vista...

Me puse de pie. Iba hacia la salida del café. El hermano de Geneviève Dalame echó a andar conmigo y me bloqueó el paso. El amigo, a mi espalda, se arrimaba como si quisiera impedirme retroceder. Pensé: Tengo que salir de aquí antes de la batida de la policía. Y, con un golpe seco de la rodilla y del hombro, empujé al hermano de Geneviève Dalame. Luego le pegué un puñetazo en la cara al amigo. Por fin estaba al aire libre. Bajé corriendo por el bulevar. Los dos corrían detrás de mí, Conseguí despistarlos a la altura del Café de Cluny.

—No deberías haber hablado con mi hermano. Para mí ha dejado de existir. Es capaz de todo. Ya estuvo en la cárcel en Épinal.

Había dicho esas palabras en voz muy baja, como si no quisiera que el niño las oyera, pero él seguía delante de los barrotes de la jaula, mirando la pantera.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Pierre.

Era buen momento para saber qué había sido de su vida en esos seis últimos años. Hoy, 1 de febrero de 2017, me arrepiento de no haberle preguntado cosas concretas. Pero entonces estaba seguro de que no me iba a contestar o de que me daría respuestas evasivas. «Va andando al lado de su vida», me había dicho hacía tiempo Madeleine Péraud. Y había utilizado la palabra «sonámbula». Me recordaba a aquel *ballet* que había visto de niño y el nombre de cuya intérprete se me había quedado en la memoria: Maria Tallchief. Era posible que Geneviève Dalame fuera andando «al lado de su vida», pero lo hacía con paso ingravido y flexible, como una bailarina.

—¿Ya va a la escuela? —le pregunté, señalando a Pierre.

—A una escuela al otro lado del Jardín Botánico.

No merecía la pena hablarle del pasado. Si hubiera aludido a ciertos detalles que eran de hacía seis años, el café del bulevar de La Gare, el hotel de la calle de Monge, las personas que nos había presentado la «doctora Péraud» y las situaciones un tanto turbias a las que nos había conducido, se habría quedado muy sorprendida. Seguramente se le había olvidado todo. O lo veía como algo lejano, cada vez más lejano según iban pasando los años. Y el paisaje acababa por perderse en la bruma. Ella vivía en el presente.

—¿Te da tiempo a acompañarnos a casa? —me preguntó.

Cogió a Pierre de la mano, y él se volvió para echarles una última mirada a los barrotes de la jaula tras los que Bagheera seguía con su eterna ronda.

Pasamos delante de la librería de ciencias ocultas donde habíamos coincidido por primera vez. Un cartel anunciaba que abría a las dos. Miramos los libros del escaparate: *Las fuerzas del interior*, *Los maestros y el sendero*, *Los aventureros del misterio...*

—A lo mejor podríamos venir esta tarde y escoger unos cuantos libros —le propuse a Geneviève Dalame.

Quedamos a las seis, a la misma hora de hacía seis años. Era en esa librería, a fin de cuentas, donde había encontrado aquel libro que me había hecho pensar mucho: *El eterno retorno de lo mismo*. En cada página me decía: si pudiéramos volver a vivir, a las mismas horas, en los mismos sitios y en las mismas circunstancias lo que ya habíamos vivido, pero vivirlo mucho mejor que la primera vez, sin las equivocaciones, los tropiezos y los tiempos muertos..., sería como pasar a limpio un manuscrito lleno de tachaduras... Habíamos llegado los tres a una zona por la que había pasado mucho con ella, entre Monge, la Mezquita y el Puits-de-l'Ermitage.

Se detuvo a la altura de un edificio más amazacotado que los demás, con balcones. «Aquí es donde vivo». Pierre abrió solo la puerta cochera. Entré detrás de ellos. Me pareció que ya había estado allí en una vida anterior para ir a ver a alguien. «Esta tarde a las seis en la librería», me dijo Geneviève Dalame. «Y luego puedes venir a cenar...».

Me dejaron a la puerta del edificio. Yo estaba al pie de las escaleras. A ratos, Pierre asomaba la cabeza por encima de la barandilla, como si quisiera comprobar que yo seguía allí. Luego, se quedó mirándome, con la barbilla pegada a la barandilla, mientras Geneviève Dalame debía de estar seguramente abriendo la puerta del piso. Oí cerrarse la puerta y se me encogió el corazón. Pero al salir del edificio la verdad es que ya no veía ningún motivo para estar triste. Durante unos cuantos meses más o, ¿quién sabe?, unos cuantos años, pese a la huida del tiempo y las desapariciones sucesivas de las personas y de las cosas, había un punto fijo: Geneviève Dalame, Pierre, calle de Quatrefages. En el número 5.

Intento ordenar los recuerdos. Cada uno es la pieza de un puzle, pero faltan muchos, así que la mayoría se quedan aislados. A veces, consigo juntar tres o cuatro, pero no más. Entonces anoto retazos que vuelven en desorden, listas de nombres o de frases muy breves. Deseo que esos nombres, como si fueran imanes, tiren de otros hasta la superficie y que esos fragmentos de frase acaben por formar párrafos y capítulos que se vayan encadenando. Mientras tanto, paso los días en uno de esos cobertizos grandes, que se parecen a los garajes de antes, persiguiendo a personas y objetos perdidos.

Djorie Bruss  
Emmanuel Brucken (fotógrafo)  
Jean Meyer (Jean ojos azules)  
Gaelle y Guy Vincent  
Annie Caisley, calle de Les Marronniers, 11  
Van der Mervenne  
Joseph Nasch, avenida de Montaigne, 33  
J. de Fleury (librero), calle de Baste, 2, distrito 19  
Olga Ordinaire, calle de Durantou, 9, distrito 15  
Ariane Pathé, calle de Quentin-Bauchart, 3  
Douglas Eyben  
Anna Seidner  
Marie Molitor  
Pierrot 43...

Durante esa labor que se hace a tientas, algunos nombres brillan intermitentemente como señales que franquearan el paso a un camino escondido.

Por ejemplo, «Señora Hubersen», que había escrito al azar poniendo luego un signo de interrogación, despertó primero en mí un recuerdo inconcreto. Intenté asociar «Señora Hubersen» a otros nombres que aparecían en mi lista. Esperaba que entre ellos y «Señora Hubersen» surgiera una línea luminosa como esa —verde, roja o azul— que indicaba las estaciones y los transbordos si querías ir de Corvisart a Michel-Ange-

Auteuil o de Jasmin a Filles-du-Calvaire. Había llegado ya casi al final de la lista y me daba la impresión de que era un amnésico que intentaba desesperadamente horadar una capa de hielo y de olvido. Y, de repente, tuve la certidumbre de que el apellido «Señora Hubersen» iba unido al nombre de Madeleine Péraud. Efectivamente, nos había llevado a Geneviève Dalame y a mí en varias ocasiones a casa de esa señora Hubersen que vivía en un piso de una de las grandes avenidas de los barrios del oeste, una avenida cuyo nombre dudo en escribir ahora como si un detalle demasiado concreto pudiera aún perjudicarme, casi cincuenta años después, y traer consigo eso que se llama «una investigación complementaria» referida a un «caso» en el que me hubiera visto implicado.

A esa señora Hubersen a lo mejor había querido hasta ahora borrarla de la memoria, al igual que a otras personas con las que me crucé en aquellos tiempos, digamos que entre los diecisiete y los veintidós años.

Pero, al cabo de medio siglo, las pocas personas que fueron testigos de tus comienzos en la vida han acabado por desaparecer; y, por lo demás, me pregunto si la mayoría de ellas podrían hallar una relación entre esto en que te has convertido y la imagen borrosa de un joven cuyo nombre ni siquiera podrían decir.

Mi recuerdo de la señora Hubersen es también bastante borroso. Una mujer morena de unos treinta años y de rasgos regulares y pelo corto. Nos llevaba a cenar cerca de su casa, a una de esas calles perpendiculares a la avenida de Foch, en la acera de la izquierda de la avenida cuando le damos la espalda al Arco de Triunfo. Y hete aquí que no siento ya temor alguno cuando doy estos detalles topográficos. Me digo que se trata de un pasado tan lejano que entra dentro de eso que la justicia llama amnistía. De su domicilio hasta el restaurante íbamos a pie en el invierno de aquel año, un invierno tan crudo como los de los años anteriores que, cuando los comparo con los de ahora, estos me parecen clementes, un invierno como esos que había vivido en Alta Saboya, en los que de noche respirabas un aire helado y límpido y tan embriagador como el éter. La señora Hubersen llevaba un abrigo de pieles de corte bastante clásico. Seguramente había vivido una existencia más burguesa que la que llevaba ahora, si había que fiarse del desorden de su piso. Estaba en la última planta de un edificio moderno: dos

o tres habitaciones atestadas de cuadros, de máscaras de África y Oceanía, de telas indias.

De esa señora Hubersen no sé gran cosa, solo lo que nos había contado Madeleine Péraud la primera noche que fuimos a verla. Vivía sola y estaba divorciada de un norteamericano. Aparentemente conocía a mucha gente del ambiente de la danza. Nos hizo ir una noche muy lejos, a orillas de la dársena de La Villette, a casa de un hombre de quien nos decía que organizaba, todos los años en la misma fecha, una fiesta en honor de las bailarinas y bailarines. Allí, en un piso diminuto, me extrañó ver reunidas a todas las estrellas a quienes admiraba por entonces y, entre ellas, a una bailarina joven de la Ópera que, más adelante, se metió carmelita. Todavía vive y seguramente es la única que podría decirme quién era exactamente aquel misterioso aficionado al *ballet*.

He encontrado en mis cuadernos una nota que escribí hace más de diez años, con fecha 1 de mayo de 2006: «El hombre con nombre turco que todos los años les daba en su casa una fiesta a las bailarinas y los bailarines (Nuréiev, Béjart, Babilée, Yvette Chauviré, etc.). Vivía en uno de los muelles de la dársena de La Villette o del canal del Ourcq». Y para asegurarme de que ese recuerdo era efectivamente real había buscado en una guía de teléfonos el nombre y las señas de aquel hombre, pues pone con bolígrafo azul:

Muelle de La Gironde, 11 (distrito 19)  
Amram R. Combat 73.14  
Mouyal Matathias Combat 82.06 (guía de 1964)

Esas señas y esos dos nombres llevan delante signos de interrogación con la misma tinta azul.